

## VIAJE A CHICHÉN ITZÁ

BENJAMIN PÉRET

**B**enjamin Péret llegó a México el 16 de diciembre de 1941 y no regresó a su tierra natal hasta febrero de 1948. Junto con Remedios Varo, venía huyendo del nazismo y de su epígono francés: el mariscal Pétain. Ya en mayo de 1938, había proyectado un viaje a México para alcanzar a André Breton pero, por falta de recursos, el viaje se aplazó hasta las oscuras circunstancias de la segunda guerra mundial.

La larga estancia de Péret en México está marcada por dos invariables estigmas: el aislamiento y el aburrimiento. En la primera entrevista que a su regreso a Francia otorga a un periodista del Figaro littéraire, Péret hace el siguiente balance: "¿Qué hice en México? Me aburrí espantosamente. México es un país que sólo se interesa en México. Todo es tradición, pero una tradición que no es sino formal, vacía de toda vida. Es un país donde la mayoría es muy pobre. Arriba existe una delgada capa de "mexicanos medios", y luego los muy ricos. ¿Un espíritu de rebeldía en los pobres? Para nada. Padecen una excesiva carencia de cultura. Y hablar de cultura es ya un eufemismo. En realidad, la mitad de la población no sabe leer ni escribir. ¿Lo que yo hacía allí? Cualquiera cosa para sobrevivir. Equiparando las monedas, la vida es más cara que aquí. Además, a 2500 metros de altura, uno se cansa muy rápido. Hice una Antología de los mitos, leyendas y cuentos mexicanos (sic). Eso es todo."

Pese al fastidio que le significó su estadía, en 1945 se va solo a Yucatán y recorre los sitios mayas que ya conocía a través de sus lecturas sobre las civilizaciones precolumbinas. Sin temor a exagerar, podría afirmarse que fue lo único que lo entusiasmó durante los seis años que pasó en México como "en una isla en medio del Atlántico".

En Francia publicó una traducción del Libro del Chilam Balam de Chumayel (1955). Al igual que Breton, Péret se dejó imantar por las civilizaciones precolumbinas y, en particular, por la sureña maya. Las páginas introductorias que acompañan la traducción incluyen el relato de su visita a Chichén Itzá. Se entenderá que la presentación estaba destinada a un público francés, carente de conocimientos precisos sobre el arte y la cosmogonía mayas. Pero el relato está impregnado de la conmoción que a Péret le significó la visita in situ.

F.B.

La carretera moderna de repente retoma su aspecto tradicional de camino pedregoso y socavado que se insinúa, oruga en la lana de una oveja, entre la maleza de donde sale, aquí y allá, una bandera de humo negro alta, derecha y precaria como la vida del indio que la hizo nacer. El autobús caduco, ebrio del vino siempre nuevo del verdor circundante, zigzaguea, titubea y salta torpemente de una piedra a otra como una vieja cabra para volver a caer, bolsón abandonado, en un charco de lodo que proyecta su turbio abanico en las ramas bajas y las mancilla hasta que la lluvia de la tarde se encargue de su ablución cotidiana. Los viajeros, hasta entonces amontonados en la promiscuidad de un arca de Noé de guajolotes, puercos alocaos y bloques de hielo lentamente derretidos por los pies de los indios vestidos de harapos immaculados, cuyos hoyos dejan entrever una piel de tierra quemada (como una nieve que, al derretirse, descubre un suelo de tierra apisonada), los viajeros ahora retozan como venados que una nada ahuyentaría.

El decorado ha cambiado de golpe. Las plantaciones de agave pertenecían al primer acto que concluyó con la primera parada. Ahora se abre un camino muletero casi abandonado por las mulas. Las mariposas que habían acudido a nuestro encuentro, nos asaltan por doquier. Esas mariposas que en Teotihuacan simbolizaban el último aliento de la vida entregándose a la muerte, parecen levantarse para prohibirnos el acceso a un mundo difunto que pronto el autobús alcanzará. Cada charco de lodo está cubierto de mariposas como por una capa palpitante que va desintegrándose a nuestro paso, hasta el punto en que el camino a veces parece salpicado con plumas de canarios y flores blancas, ambas moteadas de sangre. Al paso del vehículo gimiente, el lodo, sopa de leche, se desborda, explota en mariposas lanzadas por doquier en una vehemente protesta. El chofer acaba cubierto —santo de vitral—, encapuchado —penitente del sol— y vestido —beduino fuera de lugar. Los viajeros, cada vez más esparcidos, están asaltados por nubes de flechas voladoras. Es un flujo continuo, un torrente aéreo que se eleva del

motor quejumbroso como los mendigos de México y atraviesa el autobús vuelto submarino en un mar de mariposas que, después de la conmovición inicial, vuelven a descansar, lejos detrás de nosotros, en su querido lodo, donde se inmovilizan como gatos perezosos que ronronean bajo el sol.

A la distancia, algunos pájaros diminutos que parecen disparados por los arbustos, huyen del autobús crujiente, tal una cacerola arrojada a una escalera de piedra.

En la puerta de una choza maya, hongo de rocío con el umbral recién lavado, que parece haber sobrevivido a docenas de siglos para afirmar que la vida continúa a pesar de los hombres empeñados en limitarla y en destruirla, un pequeño con el rostro de cuero patinado por el tiempo, llora con los puños en los ojos, para no ver pasar al autobús que rechina. Y su hermana, distante como una soberana de antaño, mira cómo rebotamos y nos saluda, algo arrepentida, con un gesto único de su mano condescendiente.

Al pie de la cuesta, un pulgar gris emerge del dosel verde, se agiganta según una aceleración cinematográfica, mientras el vehículo escala la pendiente resoplando y, de pronto, se antoja que nos vamos a aplastar contra la gran pirámide de Chichén Itzá, el "Castillo", como la bautizaron los conquistadores españoles cuando la descubrieron, hace cuatro siglos, ya en ruinas y semienterrada bajo la vegetación tropical. ¡Más de trescientos años habían pasado desde que los Itzá fueron expulsados por sus rivales del Mayapán!

En una inmensa explanada rodeada por el camino que va, más allá, a perderse entre los últimos monumentos todavía momificados por sus vendolatas de plantas, y que cierra un arco circular de bosque, el "Castillo" domina con su fantasma gigante, gris y mate de cielo de invierno nórdico, la muchedumbre petrificada de los templos devueltos al sol que los había inspirado: los Guerreros, los Jaguares, el Juego de Pelota, las Mil columnas, el "Mercado", etc., revestidos por una pesada armadura de silencio. Sin haber mudado verdaderamente, la voz adquiere un timbre que no se le conocía, tal una mujer rubia que el artificio hubiera mudado en morena. Como si al llegar a la explanada de esta ciudad maya, la voz de las ciudades modernas se viera obligada a opacarse con un velo de respetuoso fervor, a sabiendas de que la única desnudez tolerada en este lugar es la de las piedras. Y este sol de cielo enturbiado por la tempestad próxima apaga hasta los cantos de los pájaros e invita a penetrar en el corazón opresivo del "Castillo". Aquí yace, enterrada por los constructores del edificio, insatisfechos de la obra de sus antecesores, una pirámide anterior, más pequeña y tan bien preservada de la ruina por su mismo sepulcro que el templo que la corona

ha conservado casi intacto su suntuoso forro de estuco policromado, así como el jaguar sangriento moteado de jade que, con sus ojos verdes, fulmina al visitante.

\* \* \*

Si bien sólo existen bellas iglesias en estado de ruina o, en todo caso, impropias al culto, en cambio, una pirámide sólo se concibe dirigiendo su cima al cielo que apunta: súplica, exaltación y amenaza a un tiempo. Sus constructores quisieron, está claro, erigir la montaña a la gloria del sol divino que los animaba para imitar la tierra, entidad protectora que los nutría y aún los preservaba más allá de la muerte.

Por los cuatro costados de la pirámide, se puede acceder al templo que la corona por una escalera de noventa y un escalones, o sea, en total, trescientos sesenta y cuatro. Sumándole la plataforma sobre la cual descansa el templo, se obtiene el número de trescientos sesenta y cinco, que corresponde a la duración del año civil maya.

El monumento se compone de nueve pirámides truncas y superpuestas, cada vez más pequeñas, que así llegan a formar alrededor del edificio, una escalera gigante de nueve escalones interrumpida, en cada costado, por la escalera central. Cada uno de estos troncos de pirámide está decorado por tres bloques en bajorrelieve, con la excepción del último que sólo cuenta con dos. Si se suman estos bloques, se obtiene un total de cincuenta y dos para cada costado de la pirámide, es decir, el número de año del ciclo tolteca, tal y como seguía vigente en el país maya en el momento de la conquista. Además, cada costado de la construcción incluye dieciocho plataformas, lo cual corresponde al número de meses del año civil. Sería erróneo hablar de coincidencia o de interpretación abusiva, porque esos admirables arquitectos no dejaron nada al azar. Así, la escalera central que divide cada costado de la pirámide, sube ensanchándose hacia la cima para corregir la perspectiva, de tal suerte que el espectador, desde el pie de la misma, la percibe con una anchura igual desde la base hasta la cima del edificio. Debo añadir que esta pirámide dedicada al culto de Kukulcán, sin duda estaba destinada a evocar en todos sus detalles a la serpiente emplumada. Los noventa y un escalones son tan estrechos y tan altos que obligan a un ascenso oblicuo, de tal suerte que la imponente procesión de sacerdotes y dignatarios empenachados, subiendo lentamente los escalones de la pirámide (es imposible escalar de otra manera a causa de la altura de los escalones evidentemente calculados para obligar a un ascenso lento), debía verse desde el suelo como una inmensa serpiente desenrollando sus anillos emplumados antes

de penetrar en el templo que corona el monumento. Otro detalle confirma, si fuera preciso, la hipótesis de la intención de los constructores: los bloques de las nueve plataformas truncas están dispuestos de tal manera que dibujan una especie de greca que, desde lejos, sugiere esquemáticamente una serpiente que aprisiona la pirámide en sus anillos.

Del "Castillo" sale la Vía Sagrada que lo une a un inmenso pozo natural, casi ovalado, de aproximadamente dos mil metros cuadrados de superficie: el cenote de los sacrificios. Este ojo de la tierra maya abre sus pestañas de plantas salvajes sobre un iris aterciopelado de agua verde con reflejos de tinieblas, que atrae desde sus veinte metros de profundidad. Fíjolo por unos instantes. El espejo de su superficie —que fue de amor— se ha esmerilado y no devuelve imagen alguna, sino vapores que fácilmente se confundirían con el aliento enfebrecido de un demonio. El velo de un silencio total lo reviste de una angustia turbia que escasamente desgarras, tal un sátiro arrancando el vestido de una bruja, el grito estridente de un invisible pájaro errante, grano de vida solitaria, en la espesa maleza que ciñe el pozo mortal. El sol que bruñe el bronce oxidado del agua, resalta, intensa y trágicamente, la negra profundidad de la sombra atravesada de cuando en cuando por el ala flama del alcohol de un pájaro silencioso, relámpago sin trueno, que cruza oblicuamente el cenote, detiene para siempre el baile de un insecto que cosecha en la superficie del agua y desaparece en la pesada nube de la pared vertical. Una bruma de angustia casi invisible, tal un fantasma que no lograra condensarse, abraza y envuelve al visitante para arrastrarlo fuera del tiempo: los ridículos turistas que arrojan piedras en el agua después de haber mancillado un templo con un nombre grabado, regresan a la caja de Pandora del suelo anegado. Hasta las vacas sin mirada y su pastor maya que evitan el cenote por la tangente, se hunden en el bosque y revisten un irritante disfraz anacrónico.

Muy diferente y hasta complementario es el cenote de Xtoloc que, como en los tiempos del esplendor maya, sirve para las necesidades de la población india, hoy reducida a unas cuantas familias. Si el pozo de los sacrificios tiene una catadura distante e hipocritamente cruel, en cambio Xtoloc tiene la inocencia de una niña arrullando a su muñeca. A diferencia del primero que repele, éste se deja acariciar con la mirada y, satisfecho, contesta con ronroneos de sol entre las ramas que lamen el agua dorada. Si Chichén Itzá fuera una ciudad, se vería a las jóvenes indias de huipiles inmaculados dándose cita a orillas del cenote de Xtoloc con jóvenes indios que, con la rápida subida de la sombra, las llevarían hacia senderos de noche sin más estrellas que sus ojos, y sus besos

serían tan ligeros que no harían más ruido que un pétalo de flor cayendo en el agua apacible de Xtoloc, cuyo descanso, por lo demás vigila un pequeño templo blanco soterrado entre la vegetación.

Ningún río, ningún arroyo serpentea en la selva maya del Yucatán: sólo los ojos de los cenotes atestiguan la presencia inmediata de un agua subterránea, cuyas corrientes atraviesan la península en todas las direcciones. Todo el país está moteado y a veces hasta es preciso buscar este ojo en la órbita de una caverna, como sucede en un jardín privado de Mérida. A ras del suelo, gracias a una escalera de piedra tallada con este fin, una apertura estrecha permite bajar en una caverna que forma una nave alta donde se desliza imperceptiblemente un agua de incomparable limpidez, habitada por raros y minúsculos peces de las corrientes subterráneas. El agua es tan transparente que ya los pies se hunden cuando pensaban alcanzarla algunos centímetros más abajo. Apenas la luz la enciende cuando mil hadas, no mayores ni más fuertes que un soplo de pajarito, surgen de un pliegue de la roca y atraviesan la caverna con la prisa de bailarines de ballet, al tiempo que a veces se esconden en la espesura de la roca, donde la luz reflejada por el agua, ha construido una rampa de diamantes. Nadie piensa en arrojar una piedra que rompería el eterno desfile y provocaría una huida alocada hacia las bambalinas de la roca.

En cambio, un aire voluptuoso y terrible flota encima del cenote de los sacrificios, hecho de gritos de espanto y de cantos de sacerdotes que arrojaban al agua a vírgenes que desaparecían "sin morir" o que, si lograban mantenerse a flote hasta el mediodía del día siguiente, eran sacadas del agua para develar al pueblo ansioso la fecha de las próximas lluvias.

Desde lo alto del "Castillo", todo el nuevo Chichén Itzá, la capital del "segundo tiempo" de los mayas del renacimiento, se ofrece a las miradas en su estuche de selva, mientras la antigua ciudad —que corresponde a la primera época maya— permanece a lo lejos, escondida por la vegetación que la encierra, como si fuera preciso que la naturaleza exaltara lo que tanto la había exaltado a ella, de la misma manera que un vestido resalta el cuerpo de la mujer para quien fue concebido.

Al pie de la gran pirámide, sobre dos mil setecientos metros cuadrados, se extiende el inmenso pasto del Juego de pelota, flanqueado en toda su longitud por paredes de dos metros de alto. Está dominado por el templo consagrado a los "Jaguales", esos guerreros que, junto con las "Águilas", formaban una suerte de orden de caballería común a todas las sociedades precolombinas de México y de la América Central en el momento de la conquista española. Entre todos los que hoy se conocen, el Juego de Pe-

---

lota de Chichén Itzá presenta las proporciones más majestuosas: treinta metros de ancho por noventa metros de largo y, en el centro, muy cerca de los bordes superiores de las paredes altas, el anillo por donde los jugadores debían meter la pelota sin nunca recurrir a las manos, ni a los pies, ni a la cabeza. El *Popol Vuh*, el libro esotérico de los mayas quiché, muestra el carácter antes que nada sagrado de este juego destinado originalmente a representar el curso aparente del sol.

Dominando el Juego de pelota, sobre gradas acomodadas para este fin, la muchedumbre colorida y ricamente empenachada de los dignatarios y sacerdotes seguía el juego. Sin duda, éste sólo era un episodio dentro de una ceremonia religiosa que se desarrollaba en el Templo de los jaguares, cuyos frescos hoy casi desaparecidos, mostraban hasta hace unos cincuenta años, escenas de guerra y de sacrificios humanos.

En medio de los cantos y de los bailes que acompañaban los ritos cuyo sentido se mantenía secreto para la masa de los fieles, quizá se había ofrecido a alguna divinidad solar el corazón palpitante de una víctima pintada de azul. Un sacerdote la había decapitado para colocar la cabeza en una pica que integraba el Tzompantli, el lugar de los cráneos. Se trata de una plataforma de dos metros de altura, ceñida por una pared enteramente decorada con cráneos del más lúgubre efecto. En comparación, los bailes macabros de la Edad Media se antojan una broma diabólica. Estas piedras cubiertas por un musgo negruzco suscitan las representaciones más opresivas en el visitante de este monumento, vuelto más siniestro aún por la sombra que le arrojan los grandes árboles cercanos. Sólo un comportamiento ambivalente ante la muerte pudo presidir su edificación. La muerte tuvo que ser a la vez omnipresente, acechando al hombre a cada paso, temida como el horror supremo, como lo es todavía entre los mayas actuales, y objeto de una sombría delectación para que los artistas de Chichén Itzá pudiesen lograr semejante intensidad macabra con recursos tan simples. Es por esta razón que el horror que los invadía aún nos penetra frente al Tzompantli y nos cierra la garganta como una inmediata amenaza de muerte.

Miren ahora hacia la derecha. Frente a la noche sudorosa de los sepulcros, he aquí el entusiasmo revelado por el conjunto rutilante de los templos de los Guerreros, de las Mil Columnas y del "Mercado", que brotan del verdor como colonias de blancas zancudas. El primero debe su nombre a un friso interior, donde se ve desfilar a una legión de guerreros enmascarados —y a sus pilares grabados desde la base hasta su cima y en sus cuatro costados— que, en dos paredes el edificio, blanden sus lanzas policromadas

sobre la plataforma que sirve de base al templo. Las Mil Columnas, mil tallos blancos, constituyen lo que queda de un edificio cuyo destino nos es desconocido y que parece continuar, por la derecha el Templo de los guerreros. En cuanto al tercero, más deteriorado aún que los anteriores, también se ignora qué culto celebraba y si arbitrariamente se le bautizó el "Mercado", nada asegura que fue utilizado para este fin.

La tempestad mágica, con relámpagos de sangre salpicando los ídolos, esa misma que preside el renacimiento maya y sus luchas intestinas, se perpetúa en un feroz combate de nubes, cuya rivalidad no puede impedir que las traspase un sol de catástrofe. El "pecado de palabra de Hunacceel", de Mayapán, como en los tiempos en que el jefe cocom quemó Chichén Itzá, sigue tronando todos los días en las ruinas, que luego un agua pulida purifica, antes de que el Señor de Occidente vuelva a posesionarse del mundo en nombre de las potencias infernales de la noche. La celeste ablución que cada día cierra un episodio de la eterna lucha entre el sol y la lluvia, entre el fuego y el agua, lava sin cesar los templos que así recobran una blancura de mármol nativo, como una flor abriéndose en el canto matutino del primer pájaro. No se podría decir si el invierno de cabelleras blancas los cubre o si el narciso de las nieves de los primeros soles anuncia la próxima primavera. ¡La próxima primavera! Los sacerdotes al acecho la esperaban como a un venado en la inextricable selva de los días, antes de que el sol, al apagarse, pasase por el ángulo exterior del estrecho corredizo que lleva a la recámara central del "Caracol", su observatorio. Para ellos, era la hora de decretar, inspirados por las divinidades, las ceremonias rituales que exigía la visita tan anhelada de esta primavera —sin las cuales esa visita bien hubiera podido ser la última— y las fiestas generales que implicaba el feliz acontecimiento, ansiosamente esperado desde que los niños habían encontrado los primeros huevos de tortuga.

Los casi veinticinco templos que componen un verdadero barrio del Chichén Itzá del renacimiento, sólo serían ruinas sin el silencio que emana del suelo mismo, tan denso y tan palpable como la más espesa niebla. Se antoja que el silencio resulta de una tradición secular y forma parte intrínseca del lugar. Difícilmente se concibe que este silencio haya sido roto alguna vez, a excepción de las briosas ceremonias destinadas a resaltar su profundidad en los intervalos que las separaban. En Chichén Itzá, la voz humana parece caer como copos, nieve de ruido que se derriera al tocar los templos y fuera absorbida por sus paredes y sus columnas.

Un arqueólogo que regresaba de una exploración en las selvas del estado de Campeche, donde había

descubierto más de mil doscientos sitios mayas, me hablaba de cavernas tan profundas que ninguna luz las había penetrado jamás y tan oscuras que el halo de su linterna sorda no lograba hendir la espesura de las tinieblas. Le gustaba atribuir la densidad de la negrura a la ausencia de polvo en el aire. "El polvo, decía, lleva la luz". Y para ilustrar su tesis, mostraba el rayo de sol en el que bailan partículas de polvo. ¡Y pues! Un polvo de semejante naturaleza, que permitiera al sonido lanzarse triunfalmente entre la maleza y a la voz humana subir las explanadas como una flecha, está totalmente ausente de Chichén Itzá. Cualquier sonido, hasta el leve gorjeo de un pájaro, tiene la timidez de una rata que asoma la cabeza fuera de su hoyo, a excepción del croar obsesivo de las ranas que, durante la noche, golpea y aplasta las sienes con tenazas de angustia.

¡Noche de Chichén Itzá, estremecida por los truenos de la tempestad extraviada del otro lado del horizonte, mientras los búhos ululan y los grandes árboles sacuden sus frutos de ranas!

El silencio que, rato atrás, lo espiaba a uno, le pisaba los pasos y lo envolvía, adquirió ademanes de conspirador que prepara una trampa. Un brujo del cortejo de los nueve dioses infernales, que sale de las ruinas disimuladas bajo una melena de maleza

habitada por un sueño naciente, llega corriendo y ahuyentando a su paso hordas de invisibles ranas. Y comienza el singular combate entre un silencio sospechoso de clamor asfixiante, y un silencio amenazante de mandíbulas entrechocándose. Un primer grito explota, luego dos, luego tres, y es el asalto irresistible de una inmensa ola que se desploma sobre la selva, la sumerge y forma una bolsa de insultos en la playa de silencio, para luego retirarse a tientas, dejando caer tras de sí una cascada de imprecaciones.

Un espanto latente yace en el fondo de esta noche demasiado calma, demasiado tibia, demasiado húmeda; es el espanto que recorre las leyendas donde sobreviven restos de antiguas creencias con las cuales el pueblo maya sigue adornando su existencia sin salida. Los templos se someten a la vana espera del segundo regreso de los "grandes Itzás" que ya no regresarán más, puesto que los españoles los expulsaron de su último refugio y los dispersaron ciento treinta y seis días antes del retorno del katún ocho Ahau, el katún fatal de la historia maya que, de acuerdo con las profecías de los sacerdotes, indicaba el momento de abandonar su antigua religión a favor del cristianismo. ◀

